



Daniel Alarcón y Sheila Alvarado, *Ciudad de payasos*

(Lima, Alfaguara, 2010, 143 pp. ISBN 978-612-4039-53-9)

di Elisa Cairati

Lima. Lima asfissante y tumultuosa. Lima bulliciosa y repleta de vida, de vidas. Lima: la verdadera protagonista de la primera novela gráfica del joven escritor peruano Daniel Alarcón.

El proyecto, basado en el relato "City of Clowns", publicado en el libro *War by the Candlelight* (Harper Collins, 2005), ha sido realizado en colaboración con la ilustradora Sheila Alvarado, cuyo uso del blanco y negro retrata de forma evocativa las luces y sombras de la ciudad, escenario de la vida de sus habitantes. Es un himno, una declaración melancólica de amor a una ciudad detestable, una admisión de nostalgia. De hecho, Daniel Alarcón, que reside en Estados Unidos, escribió el cuento original "City of Clowns" tras una temporada en Lima, donde dirigió un taller de fotografía en San Juan de Lurigancho, uno de los barrios más problemáticos de la ciudad. En el apéndice a la novela, titulado "Sobre Ciudad de Payasos", el autor recorre algunas etapas de la creación narrativa, que empezó en Iowa City:

Extrañaba Lima intensamente. Extrañaba su ruido, su energía, su aire sucio y a su gente cínica y bella. Evocarla en la ficción se convirtió en una distracción muy



necesaria para afrontar la vida en la amable y callada ciudad universitaria estadounidense donde ahora me encontraba. No habría podido escribir jamás Ciudad de payasos viviendo en Lima. Tenía que estar lejos de ella – tanto como fuera posible – para concentrarme y reflexionar profundamente sobre lo que la ciudad significaba para mí. (2010: 136)

Para el autor, la ficción es entonces una bocanada de aire fresco que restituye la posibilidad de representar un mundo, o muchos mundos, uno dentro del otro. Y la distancia de esta realidad ruidosa y escandalosa, pero vital, se vuelve una necesidad imprescindible para plasmar lo que resulta ser un retrato de los matices distópicos y destructivos, y sin embargo muy vívido y tridimensional de la ciudad.

Lima es presentada como escenario de un circo en el que actúan payasos tristes, sus ciudadanos, a los que les queda tan sólo una sonrisa falaz. El espacio urbano, frenético y al mismo tiempo desolado y estático, amplifica las resonancias de la atormentada vida de Óscar, el "Chino". La historia es un largo *flashback* que se abre en *medias res*, con la muerte del padre del protagonista. A partir de este momento, Óscar recuerda las vicisitudes de su familia: la soledad de ser etiquetado como "piraña" por vivir en los suburbios pobres, la humillación de saber que su padre era un ladrón y un marido infiel, el rencor hacia las clases acomodadas, la incompreensión hacia una madre increíblemente tolerante y devota, la indiferencia hacia la amante de su padre y sus medios hermanos. Una extraordinaria ordinariad justificada por el epígrafe recurrente "En Lima pasan cosas muy locas", que bien podría ser un subtítulo de la novela. Óscar ya no es un niño, es un periodista independizado, que ha logrado estudiar y encontrar trabajo para mantenerse. Su vida se basa en observar y contar la vida de los demás, las rarezas que le puede interesar a la gente, las historias de personas cualquiera. Sin embargo, la muerte de su padre, llorada por dos viudas y cuatro hijos en total, no es nada sensacional, pero sí es el estímulo para que Óscar empiece a recorrer el relato de su propia vida.

En un juego fluido de recuerdos y anticipaciones, destacan los flujos de conciencia de Óscar, condensados en preguntas sin respuestas y en afectos negados, momentos estáticos a los que la mano de Sheila Alvarado restituye una vivacidad intensa y palpitante. Estos sentimientos ofuscan la mente del joven, que se encuentra con un reportaje pendiente sobre los payasos callejeros y se sacude entre las oleadas de la memoria, por un lado, y de la realidad, por el otro. Y como siempre, cuando el cansancio y la impotencia vencen sobre la iniciativa, allí surge un hecho fortuito que da nuevos impulsos, que empuja a vivir como imperativo y como antídoto. Así Óscar encuentra casualmente uno de estos 'clowns' de la calle, y se deja atrapar por la curiosidad de compartir su experiencia, con los mismo trajes de lunares y los mismos zapatos gigantes, la misma cara escondida detrás del denso maquillaje blanco.

La emblemática figura del payaso desencadena la posibilidad de vivir detrás de una máscara, de no ser reconocido por los conocidos, de poder espiar siendo protegido por un disfraz inocuo, insospechable. Así se dilata la soledad y la



invisibilidad del hombre en el espacio urbano, así como la sensación de enajenación del individuo hacia su misma piel. Y queriendo ser payaso “de mentira”, Óscar se vuelve payaso “de verdad” hasta mentir, con una sonrisa dibujada en la cara, a su madre y a sí mismo, para luego sentir el dejo amargo de una inocencia perdida.

La potencia simbólica del cuento es amplificada por el experimento, perfectamente logrado, de escritura gráfica, en el que las palabras juegan con los trazos, suscitando significados “otros”. El texto viaja, por ejemplo, en las pancartas agitadas por una multitud en protesta, o en los ladrillos de un muro en construcción, o bien en la ropa tendida en la que Lima se llena de historias. El lector es atrapado por múltiples indicios y detalles, recibe una información estratificada y dinámica, evocativa y emotiva, que logra involucrarlo en el loco juego urbano del clown triste en traje y corbata que está en cada uno de nosotros.

Elisa Cairati

Università degli Studi di Milano

elisa.cairati@unimi.it